

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 217.

Alicante 23 de Enero de 1875.

Año VI.

AUDIENCIA

concedida por Su Santidad Pio IX en el día de Reyes á las diputaciones católicas de Italia.

La siguiente conmovedora relacion de la audiencia concedida por el Papa á los diputados de la Italia católica, es debida á un testigo presencial de dicho acto.

El día 6 del actual fueron recibidas en audiencia por Su Santidad Pio IX las diputaciones enviadas por todas las diócesis de Italia, para saludar al Papa con ocasion del nuevo año. Una multitud de católicos de toda la Península llenaba la vasta sala del Consistorio, representando dignamente á las cien ciudades de Italia. La *Asociacion de la Juventud Católica Italiana* habia tomado la iniciativa para convocar esta noble é imponente reunion, y de todas partes se habian apresurado á acudir á su llamamiento.

El objeto de los numerosos diputados enviados á Roma, no era solamente ofrecer al Sumo Pontífice los homenajes de los católicos italianos y la expresion de los votos sinceros que hacen por su felicidad y la conservacion de su preciosa salud, sino tambien presentarle el óbolo de su piedad filial. A cerca de 100,000 francos asciende la ofrenda depositada

por sus fieles hijos de Italia á los piés del augusto prisionero del Vaticano, despojado por otros hijos ingratos y olvidadizos de sus deberes más sagrados respecto de su Padre y bienhechor. Dicha suma es considerable, sobre todo, si se tiene en cuenta la profunda miseria en que la revolucion ha sumido al pueblo italiano, y se comprende sin esfuerzo cuánto afecto y abnegacion habrán sido necesarios para reunirla.

Nada mas conmovedor que la reunion de que hablamos. Estos jóvenes, venidos al Vaticano de todos los puntos de la Península, conversaban alegremente entre si, como hermanos que se encuentran despues de una ausencia prolongada en casa de su Padre comun. Leíase en sus semblantes el sentimiento de gozo natural en hijos que van á contemplar las augustas facciones de su padre; gozo verdaderamente puro, porque en medio de peligros, seducciones y dificultades de todo género, estos hijos habian permanecido dignos de su Padre y no tenian que temer reproche alguno.

El Papa entró en la sala poco ántes de medio dia, acompañado de una numerosa asistencia, en la que se veia á sus Emi-nencias los Cardenales Sacconi y Borromeo. Este último, sobre todo, tenia su lugar propio en esta Asamblea, pues na-

die ignora el cariño é interés que demuestra hácia la juventud, y con cuánta generosidad franquea sus salones á los jóvenes católicos de la Ciudad Eterna, ofreciéndoles de esta suerte un asilo contra los innumerables lazos que les tiende la secta anti-cristiana. Apenas se anunció la llegada de Su Santidad, reinó en la sala el mas profundo silencio, y todos volvieron su vista con santa avidez hácia la puerta por donde iba á entrar Pio IX. Cuando apareció en ella, toda la concurrencia se arrodilló respetuosamente como un solo hombre para recibir su preciosa bendicion. Mientras Su Santidad se acercaba al modesto trono que le habian preparado, oíanse muchas voces que murmuraban estas palabras, pronunciadas con el acento de la mas viva alegría, ó mejor dicho, del mayor entusiasmo: «¡Qué presencia tan hermosa y tan noble, Dios mio! ¡Qué bien conservado está! ¡Cómo resplandecen la fuerza y el vigor en sus facciones!» Eran, sin duda, los individuos de la Diputacion italiana del año pasado que se alegraban y daban gracias á Dios desde el fondo de sus corazones, viendo que el Vicario de Jesucristo conservaba en todo su esplendor la floreciente salud que habian admirado en él un año antes.

Luego que el Padre Santo se hubo colocado en su trono, el comendador Acquarderni de Bolonia, director de la *Asociacion de la Juventud Católica Italiana*, se adelantó hácia él, y con voz sonora, aunque conmovida, leyó el siguiente magnífico discurso:

«Santísimo Padre: Otro año ha descendido á los abismos del tiempo, y vuestros amantísimos hijos, nacidos en este

suelo de Italia, lleno el corazon de inefable alegría, os vuelven á hallar, ¡oh Padre Santo! radiante de providencial vigor, ceñida la frente con la aureola de triunfos siempre nuevos, conduciendo como incommovible piloto la Nave mistica, á pesar de la furia de incesantes huracanes y en medio de mil tempestades peligrosas.

La prensa, que en vuestra misma Roma vende diariamente á precio vil y con un beso la verdad á las ciegas pasiones de la muchedumbre, renovando en Vos la pasion de Nuestro Señor y Maestro; esa prensa, aludiendo hace pocos días á una doble y encontrada corriente de aspiraciones que subian hácia dos colinas de Roma, mezclaba con una bárbara calumnia una esperanza hipócrita.

Decia ver en nosotros, los que nos prosternamos sumisos al pié de vuestro trono para ofreceros los humildes votos de todos los corazones fieles á la Iglesia que existen en Italia, almas é inteligencias enemigas de la felicidad del país que Dios nos ha concedido por pátria; y por otra parte dejaba entrever maliciosamente un porvenir en que nuestras rodillas y nuestras frentes que ahora se inclinan ante la fuerza del derecho, podrian inclinarse ante el derecho de la fuerza.

Al depositar á vuestros piés, Santísimo Padre, el humilde tributo de nuestros bienes y de nuestros corazones, sentimos la necesidad de proclamar la pureza de nuestras intenciones, manifestando nuestra firme confianza; de que, así como el Niño Jesús halló sinceros los simbólicos dones de los afortunados reyes de Oriente, vos tambien, Beatísimo Padre, os dignareis ver en nosotros y en todos los que representamos, hombres que en medio

del presente general trastorno de las ideas y de las cosas, permanecen siempre sumisos á la visible autoridad de Dios sobre la tierra, á vuestro magisterio infalible, y fieles á un tiempo mismo á los nobles sentimientos del verdadero amor á la patria. Si, la bendición apostólica que hoy imploramos, es para nosotros la más brillante de las justificaciones y el testimonio dado á nuestros principios por la más grande autoridad de la tierra y por la más ilustre de las víctimas.

Las palabras con que describías, Santísimo Padre, el moderno espíritu de rebelion, contestando á los homenajes del patriciado romano, resuenan todavía en nuestros oídos y están presentes á nuestras inteligencias. Este insidioso espíritu da vueltas en torno nuestro, como un leon que quiere devorarnos. Hé aquí por qué nos jactamos de tener una regla segura de nuestros deberes en la devoción al Vicario de Jesucristo y la sumision á su augusta palabra. La historia y sus tradiciones han ilustrado, ya con los resplandores de una evidencia en vano combatida, esta gloriosa convicción de nuestros mayores, que: gracias á Vos, Santísimo Padre, revive y se perpetúa en nosotros.

Dignáos, Santísimo Padre, acoger benignamente y bendecir las aspiraciones y esperanzas de los que han concurrido en toda Italia á este acto de reconocimiento y de fé, y á este humilde pero sincero tributo de adhesion y homenaje.»

El comendador Acquaderni se acercó luego que hubo terminado su lectura al trono de Su Santidad, y le entregó, con un ejemplar del discurso, una cartera

que contenia en billetes y bonos del Banco nacional el óbolo del amor filial de los italianos.

Pio IX se levantó entonces con aire magestuoso, y mirando con paternal complacencia á la Asamblea,— que formaba en derredor suyo la mas preciosa corona del cariño filial,— pronunció el magnifico discurso que insertamos á continuacion.

DISCURSO

pronunciado por Su Santidad Pio IX en la audiencia concedida el dia de Reyes á las Diputaciones católicas de Italia.

Al veros reunidos en torno mio, mis amados hijos, habiendo abandonado los diferentes paises que habitais, para tejerme tan hermosa y agradable corona, puedo exclamar tambien: *¡Gratulamur adventu!* Pero mi mayor alegria es saber que sois firmes y constantes en la práctica de vuestros deberes, así como en la defensa del derecho, la verdad y la justicia.

Parecerá acaso á algunos de los más jóvenes de vosotros que la persecucion actual es tal, que debe quitaros toda esperanza de dias mejores y de paz.

Pero si volvemos nuestras miradas al pasado, veremos que la Iglesia y los católicos han sido frecuentemente objeto de toda la cólera de los impíos. En los primeros siglos los Papas enrojecieron y embalsamaron con su sangre las arenas de esta Roma, y encontraron millones y millones de imitadores. Terminados los siglos de la persecucion y los verdugos, se inauguró la era de los cismas y las heregias. En estas nuevas luchas, la Iglesia

se mantuvo firme y constante, y rechazó victoriosamente todos los asaltos de sus enemigos. Vinieron luego los incrédulos y los pretendidos filósofos del pasado siglo, que engañaban á los pueblos y estaban sostenidos por los mismos á quienes habian engañado, y tambien la Iglesia católica supo resistirlos y triunfar de sus ataques.

Y ahora deseo haceros notar que en el presente año de 1875, se cumple el centenario de la eleccion de Pio VI, mi glorioso predecesor, que terminó su pontificado siendo la víctima de la gran revolucion de 89 y de sus falsos principios.

Sucedióle Pio VII, sobre quien cayó toda la injusta cólera de un poderoso del siglo. Otros dos Pontífices gobernaron despues de él, poco tiempo, pero santamente la Iglesia de Dios.

Vino luego Gregorio XVI, que encontró muy agitados á los enemigos del trono y del altar, dueños ya de una parte de los Estados de la Iglesia.

La revolucion contemporánea bien la conoceis, y no es necesario que os repita lo que decia de ella en pocas palabras hace algunos dias. Hé demostrado lo que era y cuál era su carácter. Añadiré una palabra solamente, para indicaros un *proyecto de ley orgánica* de la República de Méjico que he recibido ayer, digno de la mayor reprobacion, como foco que es de mil errores.

Todas estas cosas, despues de todo, deben reanimar el valor de todos los buenos, porque los sucesos pasados demuestran claramente que si la Iglesia, por permission de Dios, se ve incesantemente combatida, no es vencida nunca. Los perseguidores mueren y desapare-

cen; la Iglesia dura siempre, y dura con su divino fundador. Siempre permanece siendo la misma; y mientras los perseguidores son echados á un lado como vestidos inservibles, Jesús, por el contrario, se conserva eternamente; *ipsi peribunt, tu autem permanes, et omnes sicut vestimentum veterascent; tu autem idem ipse es et anni tui non deficient.* Consolémonos, pues, ante el espectáculo de la eterna estabilidad del Redentor, sobre la que se funda la sucesion de sus vicarios y demas ministros, asi como la conservacion de la fe en el seno de todas las naciones católicas.

Os diré además, que debemos encontrar un nuevo estímulo en la solemnidad que hoy celebramos. San José recibió de Dios la órden de abandonar á Judea é ir á Egipto. Poco despues se presentó de nuevo el Angel, y dijo á José: *Surge, surge, accipe puerum et matrem ejus et vade in terram Israel; defuncti sunt enim qui querebant animam pueri.*

Nosotros podemos decir tambien del mismo modo: «¿Qué se han hecho los perseguidores de la Iglesia? *Defuncti sunt*, ¡han muerto! ¿Dónde están los perseguidores, las torturas y los tiranos? ¡Han muerto, han muerto; *Defuncti, defuncti sunt!* ¿Y la Iglesia? ¡La Iglesia está aqui siempre, llena de fuerza y de vida!

Pensad bien, ¡oh mis amados hijos! en este milagro que Dios hace para conservar la Iglesia, y cobrareis asi nuevo ardor y nueva fuerza para proseguir la noble lucha de que dais tan noble ejemplo á Italia y á todo el mundo.

Y puesto que el amor de hijos cariñosos es el que ha dirigido vuestros pasos y os ha traído aqui á fin de que cobreis

nueva fuerza para la práctica de las buenas obras, permitidme aconsejaros una que va enaminada á disminuir un desorden inmenso, notablemente acrecentado á contar desde las agitaciones revolucionarias.

Me refiero á los matrimonios entre parientes que desde hace cerca de veinte ó veinticinco años no solo se han duplicado, sino cuadruplicado. Quisiera, que aprovechando las ocasiones oportunas para ello, habláseis para disuadirlos de semejantes matrimonios á vuestros amigos y parientes dispuestos á contraerlos. Es cierto que puede suceder alguna vez que deba concederse la dispensa concurriendo muchas causas canónicas; pero la multitud de solicitudes de este género que se hacen, deben ser condenadas, por ser estos matrimonios contrarios á la salud del cuerpo—y apelo para esto al testimonio de los médicos,—contrarios tambien con frecuencia á la moral, y en este punto podria hablar y revelar yo mismo muchas cosas.

Bien sé que puede decirse que tal desorden puede ser reprimido muy bien, negando la dispensa.

Pero aquí precisamente nos encontramos con la gran dificultad creada por los gobiernos que han permitido y favorecido semejantes actos, adormeciendo á las almas débiles; porque ya sea á causa de la efervescencia de la pasión que ciega, ya por la avidez de dinero que seduce, ya, lo que es peor todavía, por falta de fe, muchos prefieren vivir en concubinato, aun incestuoso, á prepararse para recibir el Sacramento del matrimonio. Y de este modo se ven privados los contrayentes de la gracia que

Dios concede para vivir en paz y caridad, y del celo necesario para poder educar á sus hijos en el temor de su santo nombre.

Si los gobiernos tuvieran paciencia para no intervenir hasta que la Iglesia hubiera hecho uso de sus derechos, como es de rigurosa justicia, podrian entonces, y no antes, proceder á los actos civiles, quitando así á los contrayentes todo motivo para manchar su conciencia, mancha extensiva á todos los que cooperan á este acto.

Después de la libertad para el Sacramento del matrimonio, debemos pedir á Dios que se digne que desaparezcan los grandes obstáculos que impiden la admision á los órdenes sagrados de los jóvenes levitas, arrebatados de improviso por la ley sobre recluta del ejército, que los sujeta á todos, sin distincion, al servicio de las armas, obligando á todos estos jóvenes eclesiásticos á cambiar el cingulo, emblema de la pureza, por el cinturón de cuero que debe sostener la espada.

¿Quién no ve que, procediendo de esta suerte, se quiere destruir poco á poco la gerarquía eclesiástica y sustituir á la pacífica milicia de Jesucristo, desertada y abandonada, esa otra milicia que á tantos peligros expone el cuerpo y el alma? Roguemos, pues, humildemente á Dios que aparte de nosotros esta amenaza de destruccion.

Pero no se crea que al pedir que estos sacramentos sean libres en todos sus efectos, me olvido de reclamar la libertad de enseñanza. La reclamo, no como un principio, que no admito, sino como una verdadera necesidad.

Estas son, mis amados hijos, las pocas palabras que tenia intencion de dirigiros.

Ahora, prosternémonos todos ante la gruta del Divino Redentor, y pidámosle antes que todo las tres gracias de que acabo de hablaros. ¡Dios mio! Autor de los Sacramentos! dad á la Iglesia la libertad del Sacramento del matrimonio; dadla la libertad del Sacramento del Orden; confirmad, si, confirmad á vuestra Iglesia la mision que la disteis en el principio, cuando digiste á los Apóstoles: *Euntes docete omnes gentes*. Marchad, enseñad á todas las naciones.

Si, estos son, Señor, los favores que nosotros solicitamos de vos. Vos podeis tocar y conmover el corazon de los hombres, cuyos lábios están siempre prontos á glorificar la libertad, pero cuyas manos están constantemente llenas de cadenas y dispuestas á hacer esclava á vuestra Iglesia y á impedirle el ejercicio de su divina mision.

Cuando acogisteis en vuestra humilde gruta á las ilustres personas venidas de lejanas provincias para adoraros, cundió la alarma entre los que reinaban en Israel. Nosotros venimos á adoraros, pero no queremos infundir la alarma en el corazon de los que gobiernan; deseamos solamente que, gracias á vos, la luz de la verdad penetre en su espíritu, y que despues de habernos arrebatado mucho, se nos conceda por lo ménos lo que pedimos, lo que no se refiere á ningun interés material, pero que tiende únicamente á la gloria de las almas.

¡Oh, amado Jesús! vos veis á todos los que están aqui presentes, y en ellos á todos los millones de italianos que representan; todos se unen conmigo para su-

plicaros, y con el objeto de merecer mejor lo que solicitan, os ofrecen con los Santos Reyes Magos el oro, el incienso y la mirra. El oro de la pureza á fin de volver al alma apta para la práctica de las obras santas; el incienso de la oracion para fortificarla en sus acciones; la mirra de la mortificacion para ejercitarse en la lucha que sostienen contra vuestros enemigos. Escuchad, ¡oh, Señor! escuchad nuestras comunes oraciones. Levantad el brazo para bendecirnos á todos, lo mismo á los que están presentes, que á los que están lejanos. Ese brazo, es cierto, es el brazo de un niño, pero no es menos fuerte y todopoderoso. ¡Benedicid esta peninsula!

Cuando estaba dividida en muchos Estados estaba unida en la fé; pero hoy, que se dice estar unida políticamente, está sembrada de templos protestantes, de escuelas heterodoxas y otras instituciones semejantes, cuya mision es dividir á Italia en la fé, en el Culto, en la Religion, para establecer el reinado de Satanás, que consiente en reinar de buen grado, pero cuyos simbolos son el *nullus ordo* y el *sempiternus horror*.

Dignáos, pues, Señor, devolver á Italia, unida en otro tiempo por la fé, la posesion de ésta, la primera y mas noble de entre todas sus prerogativas.

Alejad de ella á todos estos maestros del error, y tantas otras fuentes de corrupcion. Que vuestra bendicion derrame sobre ella estos grandes beneficios; que la haga digna de conservar los antiguos privilegios, el primero de los cuales es haber pertenecido toda ella siempre á la Religion católica. — *Benedictio Dei*, etc.

MOVIMIENTO CATÓLICO.

El tribunal de Negocios eclesiásticos de Berlín falló el 5 del corriente el proceso instruido contra monseñor Martín, obispo de Paterborn. Aquel Prelado no compareció, y fue sentenciado á quedar destituido, conformándose el tribunal con las conclusiones del ministerio público.

ITALIA. — El gobierno italiano, fiel á la máxima *nulla dies sine linea*, progresa diariamente en las vías de la persecucion religiosa.

Hasta ahora se habia negado á proteger contra la autoridad episcopal á algunos clérigos prevaricadores que se habian hecho elegir parrocos por los incrédulos de su parroquia. Actualmente uno de ellos acaba de ser dotado con una pension anual por el gobierno, que de esta suerte ha querido protestar contra la justísima severidad de la Santa Sede y los obispos, que se niegan con razon á dar pension alguna á los sacerdotes infieles. En tanto que los malos clérigos, muy escasos en número por fortuna, los buenos no gozan ni siquiera del respeto que se les debe. Ultimamente monseñor el obispo de Florencia era víctima de un odioso atentado. Un desconocido le asió en medio de la calle dos palos en la cabeza. A duras penas y cubierto de sangre pudo el Prelado llegar á su casa. Las heridas, aunque muy dolorosas, no presentan por fortuna carácter de gravedad. Monseñor Barsi no tiene más enemigos que los periódicos impios, cuya influencia, en Italia sobre todo, es muy poderosa.

LOS ARMENIOS CATÓLICOS. — Ya se ha hablado varias veces de los armenios católicos, despojados de sus Iglesias y de sus bienes en provecho de un puñado de disidentes, contra lo que aconseja el respeto á los derechos más sagrados; el Gobierno francés nada ha hecho ó nada ha podido hacer para defenderlos.

En la actualidad se ven en el caso de no tener ni siquiera donde enterrar sus muertos, porque les han arrebatado hasta los cementerios, y no se les concede el derecho de sepultura, sino mediante una autorizacion expedida por el apóstata Kupelian, que no solicitarán nunca. Viéndose los católicos en esta situacion, han pedido por favor algunas sepulturas en el cementerio latino; pero M. de Montgascou, encargado de Negocios en Constantinopla, por ausencia del embajador, más cuidadoso, al parecer, de agradar al gran visir que de mirar por estos antiguos protegidos de Francia, se ha negado á acceder á su solicitud. Es verdaderamente lastimoso el papel que representa actualmente aquel pais en los paises de Oriente, donde otras veces ha ejercido tanta y tan saludable influencia.

ECUADOR. — Parece que la reeleccion del ilustre presidente de esta República, que acaba de acoger tan generosamente á los religiosos expulsados de Suiza, será combatida vivamente. Muchos periódicos censuran su administracion y exponen los supuestos inconvenientes que podria acarrear el reelegirle. Entre otros injustísimos reproches, el que con mas insistencia dirigen al Sr. Garcia Moreno, es que lleva la República al abismo, dejándose manejar por los jesuitas, «cuyas

ideas y propósitos, dicen, están en oposición con los verdaderos intereses del país. Por tales medios creen impedir la reelección del presidente: son tantas, sin embargo, las simpatías del Sr. García Moreno en el Ecuador, que probablemente las falsedades y calumnias propagadas por los revolucionarios no darán resultado alguno.

El Congreso mejicano, á mas de proclamar la separación de la Iglesia y el Estado, en una serie de disposiciones sucesivas ha suprimido las fiestas religiosas y prohibido á las autoridades, á las corporaciones y á los cuerpos militares que asistan con carácter oficial á los actos ó ejercicios de culto alguno.

También ha prohibido la instrucción y las prácticas religiosas en todos los establecimientos escolares, y á los Sacerdotes y Pastores el llevar un traje distintivo fuera de las iglesias y los templos, declarando á las asociaciones y comunidades religiosas incapacitadas para adquirir bienes inmuebles, y últimamente ha desterrado del territorio de la República mejicana á las numerosas hermanas de la Caridad que se hallan en los hospitales, escuelas y asilos.

VARIETADES.

EPISODIO DEL SIGLO XIV.

I.

EL JUGLAR.

Mediaba el siglo XIV, era en invierno, y los copos de nieve que á todo caer caían, tornaban blanca la ropa de un

juglar que con su laúd caminaba. Encorvado por el peso de los años, de caminar cansado, clavaba sus fatigados ojos en las almenadas torres de un castillo roquero que en una de las montañas de Leon se alzaba. Asida á su rugosa diestra, descalza y pobremente vestida, tiritando de frío marchaba junto á él una niña, y nunca la juventud se revistió de mas galas que las que el rostro de la tal niña adornaban.

El viento frío de la sierra helaba sobre las arrugadas mejillas del anciano lágrimas de sangre, que de sus ojos corrían, y la cercana noche presagiaba al juglar trabajos y peligros sin cuento. Empero caminaba con esperanza en Dios y en su Madre sin mancilla.

II.

EL CASTILLO.

¡Oh! y como silbaba el viento entre los solitarios torreones del castillo, y cómo presagiaban la cercana tempestad sus varios moradores! Agrupábanse el castellano y su familia cabe el fuego, á sus pies dormían acurrucados los lebreles, y en mas lejana cuadra dormitaban los servidores sobre los poyos del hogar; hasta los centinelas callaban, como si temieran ver sus cantares interrumpidos por el lejano rugido de la tempestad terrible. Todo estaba mudo y silencioso.

De pronto el eco suave de un laúd sonoro rompió con sus vibrantes sonos el general silencio, y los ballesteros se asomaron á las saeteras y ventanas curiosos y regocijados.

«¡Ah del yoglar!» exclamó una enronquecida voz desde una almena.

«Dios guarde á los de la torre,» repuso otra voz recia y grave desde afuera, y un entrecortado diálogo se sostuvo por ambas partes, mientras se enteraba el castellano de la llegada del cantor, y se bajaba al puente levadizo y se franqueaban las puertas al que así ingertaba el germen de la civilizacion en el corazon de la barbarie.

Y allegados todos á la amorosa lumbré, rodeando al juglar, señores y vasallos, corriendo de mano en mano la trasegada copa, agobiábanle, todos pidiéndole, quién unas coplas, cuál unos cantares, unos este romance, los otros aquella cancion, éstos tal leyenda, aquellos tal historia; todos, en fin, algo que los alegrase, algo que les obligara á llevar la siniestra á los ojos y la diestra á la espada.

«Narrad lo que querais,» dijo por fin el castellano.

Y entonces el juglar, alzando los ojos al cielo, colocó delante de él á la medrosa niña que con él, segun vimos, caminaba, y templando las aflojadas cuerdas del músico instrumento, pronunció con solemne acento estas palabras: «Voy á trovar la hestoria desta ninna.»

Volvieron todos á estas palabras la vista á la tierna criatura; y ella, clavando la suya en el suelo, permaneció muda y llorosa.

Entonces el anciano dando á su voz una entonacion grave y sonora, y pulsando su laud con recogimiento, arrancó un canto de su corazon, que de muro en muro corrió á perderse en las sombrías bóvedas que cubrian las solitarias cuerdas del castillo.

Y aquellos hombres de hierro criados

entre el tumulto de las batallas y los horrores de la lucha, derramaron lágrimas de ternura al compás de sus acordes.

Y los centinelas olvidados de su deber, tendian ávidos el oido para recoger las notas que las ráfagas del viento les traian.

Y las mujeres del castillo buscaban en el fondo de sus bolsillos la olvidada moneda con que socorrer tanta pobreza.

Y el arte y la ciencia se abrazaban al pié de la cruz, inspirándose en ella y difundiendo sus virtudes en aquellos corazones, cubiertos de hierro y de acero.

Cuando el juglar, apagando su voz y abandonando su laud, daba fin á su historia, ni una moneda cayó sobre las rodillas de la pobre niña, ni una mirada se posó en ella, que no estuviera impregnada de veneracion y respeto.

¿Qué habia motivado esta variacion en el ánimo de los caritativos oyentes?

¿Qué habia convertido en respeto la lástima que antes inspiraba?

¿Qué habia dicho el juglar, que así tornaba el ánimo de los soldados y de las mujeres?

Es que el juglar habia dado fin á su historia con estas sencillas palabras:

Hé aquí la hestoria prolija
De la que es de reyes fija;

yla aureola de la majestad sobre la frente de la desgracia brilla con irresistible fulgor á los ojos de todo corazon bien nacido.

III.

LA HUÉRFANA.

A la mañana siguiente salia el juglar del castillo y á la puesta del sol llegaba á un vasto monasterio, despues de haber

repetido *su triste cantar* á las gentes del Burgo, que á los piés del castillo y cerca del monasterio se estendia. Allí, levantando la vista al cielo, derramó lágrimas sin cuento y con voz apagada y lastimera dijo;

«Doce años, señor, há que vago por el mundo narrando al vulgo mi deshonor para castigo de mi descuido y abandono

Doce años que me sustento á mi y á mi fija dei precio de mi deshonor.

»Doce años que fijo en su corazon tu santo amor y temor, mientras el tiempo llegaba en que pudiera consagrarla á tu servicio y en tu servicio emplearme.»

Y dicho esto, cercado de los austeros monjes, repitió por última vez el canto que tantas veces habia cantado en los palacios como en los castillos, en los concheros como los monasterios, la historia de su hija, el canto que así decia:

« Noche yera de Sant Joan
Noche oscura, oscura é fria,
Las estrellas non se hallaban,
La luna non parecia;
Delante de los dos ojos
La mano non se adivina;
Camino de una cabaña
Un caballero camina,
Asilo pide á su dueño
Por Dios y Santa María.
Dánle lecho, dánle mesa
El padre, la madre y fija
Que viven en la cabaña
En muy santa compañía.

.....
¿A dónde va el caballero,
A dónde, á dónde camina,
Que del pueblo más cercano
Corriendo toma la via?
Va á buscar los sus monteros,

Que los perdió en la montaña;
Alegre queda la madre,
El padre contento finca,
Que les dió de oro amarillo
Una moneda amarilla.
Si alegres fincan los padres,
Muy triste finca la fija.
¿Por qué estás triste, la nieña,
Por qué contenta non fincas?
Por que el traidor me ha robado
La cosa que más queria.
Muere de pena la madre,
El padre tras él camina,
Y sola y abandonada
En casa queda la fija,
El padre topa una tarde
Con el que buscando iba,
Pregunta quién es, y dicenle
Que es el monarca en Castilla:
En tierra cae sin sentido
Y torna para su fija;
Mas la fija muerta estaba,
Murió al parir una ninna,
Una ninna que ha por padre
Al monarca de Castilla,
Los sus caballos se mesa,
De la su barba se tira,
Descuelga un laud y cuelga
De sus espaldas la ninna,
Y por valles y por montes
Camina que te camina:
Cantando va su deshonor
Para facer por la vida;
La ninna es esta que veis,
El padre es rey en Castilla,
Yo soy el yoglar que canto
Para mantener su fija.
Socorredme, homes honrados,
Mientras que yo digo ansina:
«Esta es la hestoria prolija
De la que es de reyes fija.»

Y asiendo el laud, lo estrelló contra una piedra con dolorosa alegría.

Al año siguiente profesaba una jóven en un cercano convento de Santa Clara, y fallecia un monje en el monasterio vecino.

La jóven era la hija del rey de Castilla.

El monje era el juglar.

CREO EN LA COMUNION DE LOS SANTOS.

PENSAMIENTOS.

Dice un dogma de nuestra santa fé: *Creo en la comunión de los Santos.* «Al pronunciar estas palabras, dice el apolo- gista Gaume, nuestra boca revela la fraternidad mas magnífica, el comunismo mas bello, al mismo tiempo que es el único verdadero, el único posible, el único deseable.»

Creemos por este dogma que todos los miembros de la Iglesia, los que están en el cielo, como los que se hallan en la tierra, si están en gracia, y en el purgatorio, se encuentran unidos íntima, eficaz y permanentemente no solo entre sí sino con las tres personas de la Trinidad Beatísima. Que por la union de los fieles de la tierra con los Santos del cielo, al honrar los fieles, invocar y esforzarse en imitar á los Santos, obtienen de Dios por intercesion de estos, muchas gracias para sí mismos y para los demás fieles. Que por la union de los Santos de la tierra y del cielo con los Santos del purgatorio, son aliviadas estas atribuladas almas con

oraciones, limosnas é indulgencias, y por el Santo Sacrificio de la Misa ofrecido á su intencion.

Verdades son estas por demas consoladoras. El protestantismo las niega; pero mi alma las necesita. Si me privais de las relaciones de amor con los seres que amé y que ya murieron; si cerrais á mi corazon el amor del cielo y el amor del purgatorio, mi corazon se asfixia. El amor de este mundo, en el cual encuentro tantas falsedades, es poco para mi.

Decia Lamennais: «No existe en Europa un solo hombre instruido que no tenga al protestantismo por un absurdo monstruoso: pero se le desprecia como una necedad y se le defiende como una rebelion.

Quando muere el cuerpo no muere el alma. Debo, pues, continuar amando á los que han muerto.

El protestantismo es absurdo si lo niega. El protestantismo es un mónstruo que intenta arrancar de mi corazon la felicidad del amor y que se burla porque yo amo aun en el otro mundo á los que amé en la tierra. El protestantismo incurre en la necedad de ignorar que lo que en mí ama y lo que yo amo, no es la materia que muere, sino el espiritu que vive.

El protestantismo es una rebelion contra el sentimiento y el amor, contra el espiritu que ama y la plegaria que une, contra el cielo, la tierra y el purgatorio: es en fin, una protesta contra el amor y contra Dios.

Tanto ha durado la *sequía* del protestantismo y tanto se han marchitado los corazones con el abuso de la materia, que siente ya la humanidad como una sed de amor y de goces del alma. Ved ahí el movimiento religioso y de conversiones que embarga hoy día la atención universal. Los reyes y los grandes y los sábios, reniegan del protestantismo que mata el corazón y abrazan el catolicismo que le da vida.

¿Qué dicen los materialistas? ¿Que no tengo alma? ¿Que nada tengo que ver con los difuntos? No; no es verdad lo que decís. Yo he visto morir á mi padre, á personas muy queridas á mi corazón, y cuya muerte dejó mi corazón sobradamente lacerado. Pero; á través de las lágrimas en que se inundaron mis ojos, la fé me dejó ver sus almas subiendo al Dios que las crió.

Los materialistas son hombres sin entrañas. ¿Qué haría el hombre cuando pierde á su madre, sino creyera en la vida eterna de su madre?

Murió mi padre. Pero ni la muerte, que se ve sin verse; ni la fría losa que cayó sobre el sepulcro, pueden impedir que yo siga amando á mi padre. Mi padre se fué á la eternidad y yo quedé en el tiempo: no se hablan ya nuestras lenguas; pero se hablan nuestros corazones.

Decía Aparisi: «Es terrible eso de pensar; á aquellas personas á quienes amábamos no hemos de verlas jamás en la tierra. ¡Oh! eso desesperaría, si en el fondo de la tumba no pusiera la religión

una esperanza. Madre cariñosa, nos consuela. Ahora, en este instante, podemos hablar á nuestros padres por medio de Dios, y cuando le decimos, tened piedad de sus almas, nuestros padres lo saben y saben que los amamos. ¡Dulces y misteriosas relaciones entre los vivos y los muertos! ¡Culto admirable el de los sepulcros!

Si mi padre está en el purgatorio, yo le socorro con la oración. Mi padre lo sabe, oye mis preces, recibe el beneficio de mis plegarias, y esclama con júbilo: mi hijo me ama todavía como me amó siempre.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

En vista de la lentitud con que se vá verificando la renovacion de las suscripciones que terminaron en Diciembre último, y siendo urgentísimos los pagos que debemos verificar para el sostenimiento del periódico, suplicamos á los señores suscritores que se hallen en descubierto, tengan la bondad de hacer el pago ó renovacion lo mas pronto posible, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

Rogamos, pues, á los que siguen recibiendo el periódico y no han abonado nada á esta Administracion desde el año 1872, se sirvan cubrir su suscripcion ó devolver el periódico para no considerarles ya como suscritores, y de este modo evitar mas gastos á la misma.